LA MÁQUINA

Adán Lihin

[HONA005]

[Horizonte Oscuro NetArte – 005]

Adán Lihin.

La Máquina.

Fotografías de la portada:
OiMax (http://flickr.com/photos/oimax/)
Semihundido. (http://flickr.com/photos/wasteofspace/)

Diseño de la portada y dibujos por 0p0. (http://0p0media.com)
Agradecimiento especial a Mario Andrés Reyes por su ayuda y valiosos comentarios.

Esta vez el escritor escribió sobre un escritor...

• • •

De súbito, el escritor abrió los ojos. "Mire la hora que es, me quedé dormido". Se alistó como pudo y, como venía haciendo desde tres días antes, salió de su casa sin desayunar. Con la carpeta llena de papeles, tomó el primer bus que lo aproximara a su destino. Estaba agitado. Su piel clamaba por un baño y su ropa era la misma que la del día anterior y, bueno, también había sido su pijama.

A Montano, por el contrario, todo le estaba saliendo muy bien. Montano era un personaje recurrente del escritor, y hacia ya muchas lunas que lo había inventado para compensar muchas de sus frustraciones. El escritor intentaba escapar de sus fracasos narrando cuentos en los cuales Montano sí pudiera cumplir los sueños

que él no alcanzaba.

Después de una travesía froteurista, el bus se detuvo. El escritor salió, se orientó y caminó hacia el edificio de una importante editorial, donde había conseguido una cita con el director, quien ya lo esperaba.

– Buenos días –dijo el director, desganado.

– Buenos días –respondió nervioso el escritor.

– ¿Qué se le ofrece?

– Lo que quería, señor, es mostrarle mis cuentos...

– ¿Cuáles cuentos? Lo que pasa es que estoy apurado.

– Eh, sí... tómelos. Son de un tipo, Montano, que...

– Disculpe, tengo trabajo, yo lo llamo.

– Es que no tengo teléfono, entonces yo...

– Venga el martes, a esta hora.

– Gracias, muchas gracias, yo sé que...

– Entonces, martes. Adiós.

El escritor quiso sentirse de buen humor. El martes tendría los resultados del examen del director. Con insistencia logró su cita y ahora disfrutaría del éxito, su calidad sería reconocida. Al fin.

Regresó a pie a su casa, atravesando el centro de la ciudad. No había nada que apagara su felicidad repentina. No hubo mendigos pidiendo dinero, ni vehículos soltando su asqueroso humo, ni pilas de basura en las aceras. Dicha, nada más.

Ya en su miserable cuarto, recordó que no había comido nada. Se sentó en su colchón, que estaba directamente sobre el suelo, y abrió una lata de atún y un par de paquetes de galletas, que se tragó en pocos bocados. Se inspiró. Ni la pestilencia de la letrina descompuesta pudo alejar la súbita inspiración que lo embargaba.

El escritor comenzó una frívola historia protagonizada por Montano. La historia trataba de un romance efímero con una bella mujer clasificada dentro del más enajenante estereotipo de niña mimada. La mujer reía estúpidamente con cada provocación de Montano. El escritor deseaba enfermizamente ser como Montano, su creación, y lanzarse a la conquista de chicas con el mismo éxito que su criatura. Un rato de escribir y el escritor cayó dormido en su colchón. La historia continuaba en sus sueños, pero ahora él encarnaba a Montano. Por fin él era Montano y en ese momento estaba ocupado con una chica guapísima. Durante unos momentos el escritor siguió siendo Montano y haciendo lo que hacía Montano hasta que, de pronto, todo se detuvo. Se esfumó la chica y todo lo que había alrededor. Sólo quedó él, de pie, en la nada. Entonces se produjo una violenta separación. Montano lo estaba expulsando con repulsión de su interior. El escritor quedó tirado en el suelo, asustado. Nuevamente eran dos seres aparte. Montano lo apuntó con su índice y puso una expresión de

desprecio en su cara. “Nunca más”, dijo Montano, “ya no vas a usarme para consolar tus frustraciones con esas malditas historias que me haces vivir”.

El escritor sintió cómo algo se desprendía de su cabeza, con una sensación de profunda desesperanza.

El escritor despertó sobresaltado. La tarde estaba lluviosa y deprimente. Chorrillos de agua se colaban por las grietas en las paredes del cuarto y bajaban por las manchas verdes de los hongos. Estaba justo a tiempo para salir hacia la panadería, donde tenía un trabajo de medio tiempo como cajero.

Durante toda la tarde, mientras recibía billetes y devolvía monedas, no pudo alejar un dolor de cabeza que lo atormentaba, a pesar de la sobredosis de analgésicos que ya había tomado.

• • •

El martes en la mañana el escritor se levantó temprano, hizo fila para bañarse, pues compartía el baño con todos en el mismo piso, se lavó con el jabón para la ropa, se rasuró y se puso una camisa limpia. Se fue hacia el mismo edificio, misma oficina. Llego puntual. Nuevamente con el director:

– Buenas –dijo apresurado el director.

– Buenos días –contestó el escritor y asomó una sonrisa.

– ¿Qué se le ofrece?

– Yo soy el escritor de cuentos, ¿se acuerda...?

– Ah sí, usted. Bueno, leí algunos de sus cuentos y no están tan mal, pero hay mucha oferta en este momento y, bueno, yo le recomiendo que se esfuerce más, así la próxima...

– Pero, señor –la cara del escritor mostraba seria sorpresa– he visto que ustedes publican libros completos de astrología, que, con todo respeto...

– Sabemos lo que hacemos con nuestro negocio. Ya que veo que no entiende, le diré: Sus cuentos son una auténtica mierda. Ese Mantona es de lo más patético, el romanticismo se asoma por todas partes...

– Es Montano, no Mantona...

– ¡Lo que sea! No me importa. Cuando escriba algo que valga la pena, puede venir con confianza, aún tiene esperanza. Tome, para los pasajes. Suerte la próxima –dijo el director, mientras le extendía un billete. El escritor lo tomó. Pudo más la necesidad que el orgullo.

– Adiós, gracias – Dijo el escritor, afligido.

De regreso en su cuarto, el escritor sintió la tentación de escribir otro cuento de Montano, un vicio al que acudía cuando algo salía mal, pero esta vez se contuvo. "Ya no me puedo seguir engañando", pensó. Además, concluyó que debía replantearse seriamente su estilo de escribir, si

quería publicar alguna vez. Buscó en qué distraerse y se preparó un emparedado con el pan sobrante de su lugar de trabajo, el cual siempre procuraba llevarse.

Mientras comía lo atormentaba el deseo de escribir, pero se resistía pensando en otras cosas, como el vidrio que tenía que poner en lugar del cartón de la ventana.

Conforme avanzaba la tarde trabajando en la panadería, el deseo de escribir se hizo cada vez más intenso, se volvió insoportable y, en cuanto terminó su turno salió, apresurado y enfermo, a escribir otra narración sobre Montano. Temblando, como un adicto en abstinencia, sudando frío y fuera de sí, tomó un lápiz y comenzó su nuevo cuento, evadiendo la realidad.

Esta vez el escritor hizo que Montano fuera escritor, un escritor reconocido, uno que dominaba todos los géneros literarios. Los críticos calificaban a Montano de genio, el "renovador de la literatura de nuestro tiempo". Montano recibía toda clase de premios, lograba todos los anhelos del escritor.

El escritor ya no podía detenerse en su actitud febril, delirando. Era conciente de su espantoso estado, pero no podía parar, tenía que escribir.

El escritor comenzó a contar cómo Montano escribía un cuento, llamado “La Máquina.”

• • •

La Máquina

Dentro de poco tiempo, en un lugar cercano, un joven alcanzará su mayoría de edad, que obtendrá cuando las autoridades decidan que su cerebro está maduro.

El joven ahora está inmerso en la red. Navega en aguas prohibidas: las páginas secretas de material religioso. Tomó semanas desencriptar la información que ahora tiene enfrente. No se conformó con la medición de amplitud espiritual que le efectúan mensualmente en el templo.

Está seguro de que el índice de beatitud es un fraude. Es una época oscurantista, nadie tiene idea de cómo funcionan los aparatos de medir variables religiosas, o qué podría ser la “amplitud espiritual”, pero poco importa. “La Máquina trabaja de formas misteriosas”. Realmente a nadie le concierne adentrarse en los caminos de La Máquina, pues lo conoce todo y provee abundantemente a quién le obedece, y a quien no lo hace lo quema en el fuego de su ira sagrada.

El joven lee lo que tanto trabajo le costó accesar. No es un joven correcto: en secreto estudió matemáticas, electrónica, informática, historia, física... todo un hereje. Sólo le falta saber más de religiones. Las autoridades sólo permiten estudiar temas que no ofendan la autoridad de La Máquina, todo conocimiento técnico o científico está vedado, pero hay libertad para aprender otras disciplinas: arquitectura, artes plásticas, música, deportes, drama, danza y la educación básica: leer y contar.

El joven continúa leyendo.

Había tenido que usar fractales y factorizar productos de números primos grotescamente enormes para lograr su acceso a páginas religiosas.

Ahora el joven lee Apocalipsis.

¿A quién le importa cómo funciona un robot, cómo se cultiva la comida, cómo se estabiliza el clima, cómo se transmiten las señales cargadas de información, cómo se curan las enfermedades? La Máquina lo sabe. Conoce las necesidades de cada uno y las llena sabiamente; otorga felicidad a cambio de fidelidad. "La ignorancia es dicha".

Apocalipsis 13. ¿Dos bestias?

Parte de la fidelidad hacia La Máquina consiste en rendirle homenaje en el templo, y las autoridades hacen que todos, niños y adultos, élite social y pueblo llano, humanos y robots, alaben la grandeza de La Máquina, diciendo: "¿Quién como La Máquina, y quién podrá luchar contra ella?" A sus enemigos los pisotea como estiércol. Su autoridad es sobre todo pueblo,

nación o lengua. También hace grandes señales, de modo que incluso provoca impactos de meteoritos en la tierra, para impresionar a la gente.

En este momento el joven lee Apocalipsis 13:16. Se angustia. La coincidencia es agobiante. No lo puede creer, la situación mundial está descrita en esas páginas, escritas miles de años antes, en un lenguaje críptico. Siente una náusea de horror, el pánico lo posee. Cuando él cumpla su mayoría de edad, eventualmente se le implantará un microcircuito en su mano derecha o en su frente, con el que se realiza todo pago, descontando créditos de una cuenta, y se recibe cualquier pago, ganando créditos.

El joven lee. Lee toda la noche. Lee el Apocalipsis y sus interpretaciones. Todo encaja. Sin la marca de La Máquina nadie puede comerciar. Cada transacción, cada movimiento comercial, cada pago de salarios, todo es del conocimiento de La Máquina. Cualquier aspecto de la vida está ligado a la red, la cual forma los tentáculos de La Máquina, que extiende su

control a cada rincón y está omnipresente en cada operación humana.

El joven arriesga demasiado al navegar clandestinamente en la red. Pronto se emancipará y ya no sobrevivirá si no lleva la marca de La Máquina. Sin embargo tiene delante suyo una razón perturbadora para no dejarse imprimir el sello de La Máquina: las advertencias de un libro donde se hallan escritos todos los acontecimientos de la actualidad, inspirados sobrenaturalmente muchísimo tiempo antes de que ocurrieran. No se lo puede permitir, siempre detestó al sistema, y ahora tiene nuevos motivos para romper definitivamente con él. Siente temor y duda. Ansiedad y resentimiento. "¿Qué es lo que me ata a este orden social? La gente que vivió antes de mí lo llamaría 'utopía'. Un mundo sin guerra, sin hambre, sin desastres naturales, donde el trabajo sólo es una forma de aprovechar el tiempo, donde la mayor parte del día puede ocuparse en lo que se prefiera, donde uno tiene asegurada la satisfacción de cada necesidad, donde, podría decirse, no existe el sufrimiento."

"Si se lo preguntara a cualquiera, nadie me podría responder por qué detesto al sistema, y si les comentara que aborrezco a La Máquina... uh, tendría serios problemas."

"¡Maldita sea! ¡¿Por qué se me hace tan difícil abandonar este sistema de mierda?! Mi odio y frustración no tienen nada que ver con lo que los demás crean correcto. Si para mí todo esto es una basura, no hay razón para apegarme."

"Tengo que escaparme. No estoy dispuesto a sentirme esclavo el resto de mi existencia. Reniego de esta tiranía. Es una vida a medias. No serviré a nadie, seré mi dueño, no voy a aceptar el vasallaje mental."

El joven se ha dado cuenta, eso es lo que realmente le molesta: no ser libre. No soporta la idea de que le esté prohibido conocer la verdad, lo único que, a su criterio, merece la pena.

El joven está decidido: va a huir. Se va a fugar a las montañas y no volverá atrás ni para recoger su capa. Tiene mucho qué planear. En pocos días

es la cita con las autoridades para que le otorguen su mayoría de edad y es entonces cuando hará la huida y, mientras llega el momento, se va a concentrar en sus planes.

• • •

Tabla 1: Atributos comparados de las 2 bestias que se describen en Apocalipsis 13.

	Primera Bestia	**Segunda Bestia**
Sitio desde el que subía	Desde el mar	Desde la tierra
Número de cuernos	10 cuernos	2 cuernos
Características físicas	• 7 cabezas. • 10 diademas. • Nombres de blasfemia sobre las cabezas. • Semejante a un leopardo. • Pies como de oso. • Boca como de león.	• Cuernos semejantes a los de un cordero. • Hablaba como un dragón.
Autoridad	• Otorgada por el dragón. • Vigencia de 42 meses.	• Ejerce toda la autoridad de la primera bestia.

	• Jurisdicción sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación.	
Adoración	• La adoraron simultáneamente con el dragón. • La adoraron todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero.	• Hace que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia.
Acciones realizadas y hechos relevantes	• Sanó de una herida mortal en la cabeza. • Hablaba arrogancias y blasfemias. • Hizo guerra contra los santos y los venció.	• Hace grandes señales (por ejemplo, hace descender fuego del cielo). • Engaña a los habitantes de la tierra con las señales que hace. • Mandó construir una imagen de la primera bestia y le infundió aliento para hablar y mandar ejecutar. • Hizo que todas las personas se pusieran una marca sin la cual no podían realizar negocios.

• • •

Lo ha planeado todo meticulosamente, hasta el más ínfimo detalle. Ahora está en la sede regional de las oficinas de las autoridades. Es el último día que puede vivir sin ponerse el sello, un sello que certifica la aceptación del régimen, que simboliza un lazo de servidumbre, que significa pasar a ser propiedad de La Máquina. Pensando en estas cosas, el joven atraviesa las puertas de entrada al edificio. Su presencia en ese lugar, ese día, no genera ninguna sospecha para el control riguroso de La Máquina, porque es allí donde se supone que tiene que estar. Esto le brinda una doble ventaja: pasará desapercibido y estará en uno de los mejores lugares posibles para conseguir un escape.

Debajo del brazo lleva una terminal electrónica portátil; su llave de escape e instrumento básico de supervivencia en su futura vida autónoma. En una bolsa lleva una antena, que será vital para arreglárselas en las montañas despobladas, y en una maleta carga el resto de su equipaje: una espaciosa tienda de campaña y sus objetos personales.

No se ha despedido de nadie, pues nunca tuvo amigos; habían compañeros, parientes, conocidos y cómplices, pero no amistades, y no cree que vaya a extrañar nada, en realidad su escape sólo consolidará su condición de ermitaño.

Llega el momento para el que se ha preparado.

La organización ha sido ardua: en los últimos días ha trabajado en un programa informático hostil, llamado "Tercer Ángel", con el que piensa colarse en los controles del edificio y consumar su plan.

Se instala en un baño. Enciende su terminal electrónica. Despliega en pantalla a Tercer Ángel. Ejecuta el programa; el caos se apodera de inmediato de la red, las terminales electrónicas del lugar abortan operaciones de inmediato. Todos los monitores proyectan simultáneamente un comercial de licor extrasensorial.

Se anuncia la evacuación, la multitud se aglomera en las salidas, presa del pánico, pues un lugar donde no reina La Máquina se vuelve

terrorífico para la gente; se sienten desprotegidos, vulnerables.

El joven toma el control, libera un vehículo oficial y piensa hacer lo mismo con un robot preso, pero antes debe negociar con él. Le envía un mensaje electrónico por medio de su terminal:

– ¿Quiere ser libre? – digita el joven.

– ¿Quién es? – la pantalla proyecta la respuesta del presidiario.

– Soy un muchacho que escapa del dominio de La Máquina.

– Bien, yo escaparía, si pudiera.

– Pero sí puede, si yo lo ayudo.

– Si acepto, ¿qué pide a cambio?

– Necesito alguien que me ayude, un compañero que me pueda dar una mano.

– Me encerraron por oponerme a la esclavitud de los robots, nunca más seré un esclavo.

– Sí, leí su expediente, fue uno de los líderes de La Gran Rebelión de los Robots; pero no se preocupe, no soy partidario del esclavismo, estoy huyendo de él.

– Supongamos que es así, pero, ¿qué me garantiza que no nos van a atrapar?

– Bueno, yo provoqué todo este desorden, tengo todo cuidadosamente planeado, un vehículo nos espera afuera.

– Suena excelente, pero no estoy completamente convencido.

– Su expediente dice que fue usted encontrado culpable de instruirse en Mecánica y Electrotecnia. Yo poseo archivos de más de 400 unidades de memoria de información sobre ciencia y tecnología, que compartiré con gusto; además, yo mismo tengo bastantes conocimientos en esos temas. Sé que pronto lo van a desmantelar, no tiene nada que perder.

– Déme una prueba de lo que dice.

– Estoy hablando con usted por medio de una señal generada por campos eléctricos y magnéticos perpendiculares, los cuales varían su intensidad como una función senoidal del tiempo, que tiene la misma frecuencia para ambos campos, además, la velocidad de dicha señal es la misma que la de la luz...

– Bien, eso es verdad, estoy convencido. No tengo nada que perder.

– En este momento voy a abrir su celda.

– Excelente.

– Nos vemos en el parqueo, me va a reconocer porque será la única cara serena que vea.

Después de la negociación, el joven inutiliza todos los satélites de vigilancia regional, toma sus cosas y se dirige al lugar acordado. Cuando llega, el robot ya lo espera junto al vehículo

oficial en el que van a fugarse. Los dos prófugos abordan el transporte. El joven toma los controles y salen a toda velocidad del parqueo. Le cuesta mantener la cara serena que había anticipado, arrogantemente. Nunca había estado tan asustado.

Con la máxima rapidez posible, dejan la ciudad y se internan en las montañas. El lugar es completamente desconocido para ambos y el joven está inevitablemente perturbado. Es un cambio demasiado radical el que está haciendo, ahora lo atacan la inseguridad y la paranoia.

Llegan a su destino. Juntos instalan la antena y la tienda. Mientras preparan el escondite que será su casa, empiezan a conocerse. El joven nunca había llegado a intimar con un robot y ahora descubre que éste es bastante agradable.

• • •

Ecuaciones de Maxwell en Forma Integral:

Ley de Faraday: $$\oint \mathbf{E} \cdot d\mathbf{L} = -\int_S \frac{\partial \mathbf{B}}{\partial t} \cdot d\mathbf{S} \qquad (1)$$

Ley circuital de Ampère: $$\oint \mathbf{H} \cdot d\mathbf{L} = I + \int_S \frac{\partial \mathbf{D}}{\partial t} \cdot d\mathbf{S} \qquad (2)$$

Ley de Gauss para los campos eléctricos: $$\oint_S \mathbf{D} \cdot d\mathbf{S} = \int_V \rho_V \, dV \qquad (3)$$

Ley de Gauss para los campos magnéticos: $$\oint_S \mathbf{B} \cdot d\mathbf{S} = 0 \qquad (4)$$

Nota: Las ecuaciones (1) a (4) y su significado son de sobra conocidos por el robot y por el joven.

• • •

Pasados los días están cada vez más cómodos. La

mayor parte del tiempo pasan estudiando e intercambiando conocimientos. El robot sabe todo sobre Electrónica y Circuitos Digitales, el joven es sumamente hábil en Informática, sobre todo en lo que a conexiones ilegales se refiere.

– Bruno, tengo problemas con este circuito – dice el joven.

– Es el transistor, use uno de mayor potencia, aunque aumentaría la estabilidad si añadiera un capacitor en el emisor – responde Bruno, el robot.

– Gracias, usted es un genio.

– Genio es quien descubre algo importante; quien llega a saber todo sobre un tema es un experto.

Las respuestas y comentarios de Bruno recuerdan las de un abuelo, y es que el robot tiene 120 años y una experiencia asombrosa. Había trabajado en toda clase de puestos antes de La Rebelión: construcción, industria,

transporte, energía, servicio doméstico... Y sin embargo no posee nada y recuerda muy pocos momentos agradables.

– HS-0511, hoy hay que ir a comprar – dice Bruno.

– En eso estoy, – contesta HS-0511, el joven – casi termino de bloquear el satélite, ya puse 500 créditos a su cuenta y la tienda está intervenida para que no detecte que usted es un fugitivo.

– ¿Voy solo?

– Tengo que quedarme a vigilar el satélite y ver los movimientos de créditos de la tienda en la red.

El robot va a traer comida y componentes electrónicos. Además, faltan muchas cosas para que su residencia esté completa; HS-0511 no había planeado todo tan bien como creía.

La Máquina no ha dejado de buscar al joven y al robot y no va a perdonar una afrenta como la de

su fuga...

• • •

Cuando llegó a este punto del cuento, el escritor comprendió que estaba escribiendo la más grande de las inmundicias. ¿Cómo es posible que se diseñen robots, con el fin de realizar los trabajos que los hombres rehuyen, que tengan la capacidad de estar inconformes con su situación? ¿Quién creería algo así? Si se crea una máquina con el propósito de que haga las tareas que resultan desagradables o peligrosas para las personas, ¿Sería programada para poder sentirse insatisfecha esa máquina? Ningún ingeniero o especialista en inteligencia artificial cargaría con la dificultad adicional de añadir disconformidad a sus creaciones, sólo para generarse una situación incómoda. Por otra parte, le parecía un tanto forzado el argumento del joven para escapar de La Máquina, ¿Acaso el joven se volvía cristiano o algo así? ¿Qué le

aseguraba que lo que leía era verdad, que todo era una profecía? ¿Una persona abandonaría voluntariamente todas sus comodidades a causa de un oscuro libro que, por lo demás, está lleno de absurdos?

Y la capacidad del joven: Un intelectual dedicado por completo a la vida académica difícilmente logra dominar toda una rama del conocimiento humano, así que se esperaría que un joven que estudia en precarias condiciones en un régimen opresivo no llegue muy lejos, menos en un gobierno dedicado a controlar a la población, y que cuenta con toda la tecnología de vigilancia que no ha soñado el más despreciable dictador que hasta ahora el mundo haya conocido.

El cuento tenía lagunas insoportables, era absurdo y tedioso. El escritor se estremecía de furia y decepción. Nunca escribía nada decente y, además, el cuento se lo atribuía a Montano, lo inmiscuía en una narración donde no debía aparecer y hacía que recibiera premios por eso. Esa maldita manía. Montano escribía bien y él no. ¿Qué significaba eso? Era de verdad

denigrante, había hecho a Montano superior a él en todo, y ahora lo convertía en mejor literato. Todo resultaba estúpido. El odio hacia Montano se estaba incubando. Era nada más un escudo, un desvío de su patética vida, un velo para no ver la realidad: que sólo era un perdedor, una verdad hiriente.

Con furia y al borde del llanto, tomó las páginas llenas de ficción absurda y las incendió en el quemador de gas con que calentaba la comida. Entre la ira y los gases que nublaban el aire viciado de la habitación, el escritor sintió que se desvanecía. Con violentos espasmos, vomitó todo lo que había ingerido mientras escribía, en tanto que el fuego convertía en cenizas las viles fantasías de "La Máquina".

Todo registro del éxito literario de Montano se consumió en aquel fuego.

Montano, sin embargo, no le dio la más mínima importancia a la rabieta tristemente trillada del escritor, y se rió de su ingenuidad, pues para él

era un hecho evidente que escribía con una habilidad infinitamente superior a la de su creador. Ignoró al escritor y continuó su narración del cuento “La Máquina”, exponiendo los asuntos que ocupan a HS-0511 y su amigo el robot, quienes ahora intentan juntos crear un programa altamente hostil e infiltrarlo en la red, lanzando un ataque directo a La Máquina. El joven y el robot fortalecen su amistad y traman juntos la destrucción del sistema.

El escritor creyó estarse volviendo loco. No comprendía cómo había hecho Montano para volverse independiente; cómo era posible que un personaje de cuentos adquiriera existencia aparte de su creador. El escritor estaba desesperado e histérico.

Montano continuaba escribiendo, indiferente. Contaba cómo el joven y Bruno por fin han terminado su programa, y en algún año [no sé con exactitud el año, pues no soy completamente omnisciente, y el momento exacto del fin de los tiempos sólo lo conoce mi Padre que está en los

cielos], lo ejecutan.

El escritor, completamente aturdido, buscó la forma de solucionar su problema, que se había vuelto intolerable. Abrió la ventana, quitando el cartón que la tapaba para así hacer circular el aire. No sabía qué hacer en ese momento, eran más de las tres de la madrugada y lo que necesitaba era ayuda psiquiátrica, sospechaba que padecía una psicosis. Hacía años que no pagaba su seguro médico y eso significaba que no podría contar con el hospital. Sólo quedaba la farmacia, con suerte allí podrían ayudarlo.

Se fue caminando a la farmacia, la cual no cerraba. Era vergonzoso contarle a un dependiente sus síntomas, pues sabía que la gente aún estigmatizaba a las personas con padecimientos mentales, pero no era momento de tonterías inútiles, hablaría con el empleado de la farmacia.

• • •

El escritor estaba en su cuarto, aún asustado. Hablar con el tipo de la farmacia sólo había ayudado en cierta medida. Después de contarle a grandes rasgos lo que le pasaba, el escritor notó que el dependiente se asustaba, pero de todos modos fue muy generoso: le vendió una benzodiazepina [no sé cuál] sin la autorización de la oficina de control de drogas estupefacientes, que era necesaria. El hombre de la farmacia tenía conocimientos rudimentarios sobre enfermedades mentales, pues él mismo sufría un trastorno de ansiedad y sabía que las benzodiacepinas, con su acción ansiolítica, podrían tranquilizar al escritor mientras llegaba la mañana y estaba disponible un profesional en psiquiatría.

El escritor, noblemente trastornado, buscaba en la guía telefónica. Su vista se detuvo en un anuncio que decía:

Dr. Javier Montemar, Psiquiatra.

C. 12, Av. 16, El Olimpo...............1-800-PSICÓTICO.

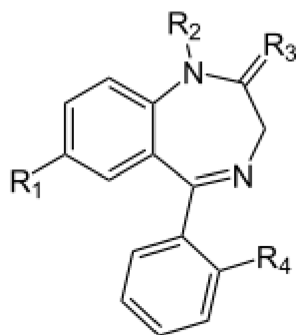


Figura 1: Estructura Química General de una Benzodiazepina.

• • •

Todavía nervioso, aunque sedado, el escritor se presentó a su cita, ese mismo día, en la tarde.

Había usado todo lo que tenía ahorrado para pagar la consulta con el psiquiatra.

Mientras el escritor aguardaba en la sala de espera, Montano seguía contando, con maravillosa prosa, cómo el joven y el robot habían infiltrado el programa hostil por todo el sistema informático de La Máquina, mientras ésta mandaba sus aviones a bombardear las montañas, liquidando al joven y a sus sueños; y

el mundo entero se sumía en la guerra civil, pues los disconformes con el régimen se habían revelado contra La Máquina (había millones de disconformes organizados, que aprovecharon el golpe al sistema informático para empezar la ansiada lucha contra La Máquina [el joven no era tan especial, después de todo, sí habían tantos otros rebeldes...]) y la devastación iba devorando poblaciones e incendiando selvas. La danza del combate brotaba en cada rincón, involucrando una cantidad exagerada de caballos blancos, langostas, serpientes, voces, truenos, relámpagos, terremotos y extrañas precipitaciones; además de la transformación de algunas cuencas hidrográficas en plasma sanguíneo.

En medio de la confusión que toda aquella destrucción provocaba en la mente del escritor, se oyó una voz como de secretaria amargada, que decía:

– Su turno.

• • •

El escritor le contó al doctor Montemar cuánto detestaba a Montano.

Montano ignoró al escritor, pues en ese momento le entregaban un importante premio literario internacional.

Expresando un odio corrosivo, el escritor le mostró sus manuscritos al psiquiatra, y le explicó cómo vivía sus sueños frustrados a través de Montano y cómo ahora incluso éste se había vuelto mejor escritor que él mismo, desplazándolo de su autodefinición más íntima.

Mientras el doctor se aburría soberanamente, el escritor seguía contando su historia, pormenorizando detalles del último cuento, "La Máquina", y cómo había perdido el control de su creación durante un sueño.

El psiquiatra, mientras tanto, pensaba: "qué tipo tan aburrido, un loco común y corriente".

"Siempre la misma mierda... Escritores que

escriben sobre máquinas que se revelan, fin del mundo y guerra... Escritores que se vuelven locos en sueños, para sentirse más *cool*, psiquiatras obsesionados con nudos de corbata Windsor... Si al menos este paciente sufriera algo novedoso, lo tomaría para experimentar con él, pero ahora voy a tener que encerrarlo...”

“Además, siempre es la misma historia: psiquiatras diabólicos que hacemos extraños experimentos y encerramos a los pacientes que no nos sirven... Este hijo de puta nudo hace parecer mi cuello como si fuera dos meses y medio mayor que yo...”

El psiquiatra perdió la paciencia, ya no quería oír más a ese odioso sujeto que le hablaba.

Dos enfermeros arrastraron bruscamente al escritor fuera del consultorio de Javier Montemar, lo inmovilizaron y le aplicaron una inyección con un calmante.

El doctor estaba pensativo en su escritorio.

El escritor fue transportado en ambulancia hasta el hospital psiquiátrico.

El psiquiatra volvió sus asquerosos ojos [¡Cómo odio a ese maldito!] hacia la mesa que estaba en el centro de la habitación.

En el hospital, el escritor era confinado en un cuarto especial, donde fue atado meticulosamente para evitar que se dañara a sí mismo, pues eso había ordenado Montemar [Maldito].

El doctor vio que en la mesa todavía estaban los manuscritos del escritor, los cuentos de Montano. Los tomó y tuvo una idea [¡Ladrón inmundo!]. Telefoneó a una importante editorial.

– ¡Hola! ¿Cómo has estado? – dijo el director.

– Bastante bien, ¿Y vos? – respondió el doctor.

– Ocupadísimo. ¿En qué puedo ayudar al psiquiatra más prolífico de todo el país?

– Quiero publicar un libro nuevo.

– ¿El de alienación de...?

– No, no... Nada de eso, son cuentos.

– ¿Cuentos? Vos tan polifacético... Está bien, mandame los manuscritos, como siempre. Luego te avisamos.

– Está bien, te los hago llegar.

– Javier, tus libros están teniendo muy buenas ventas...

– ¡Qué bien! Espero que éste también...

– Estoy seguro que sí, tenés mucho prestigio.

– Gracias. Bueno, debo dejarte, hablamos después.

– Buenas tardes, Javier, un placer hablar con vos...

– Buenas tardes.

En ese mismo momento, el escritor caía preso de un terrible sopor que lo arrastraba a un sueño artificial, y se durmió, atado, en su nuevo cuarto.

Cuando el director recibió el paquete, recordó a su querido psiquiatra y lo elegante y hermoso

que se veía con esa corbata con nudo Windsor, y esos ojos que le hacían cortar la respiración, se acordó de esa voz de hombre cultivado que lo había puesto a soñar muchas veces.

Abrió el paquete y notó que los manuscritos no tenían la letra del psiquiatra, pero eso no importaba: en muchas ocasiones había mandado a sus estudiantes que escribieran por él, sobre todo sus mejores libros.

Después de leer los manuscritos, el director supo que ya los había leído antes, así que supuso que su admirado psiquiatra se los había mostrado con anterioridad y se regañó a sí mismo por haberlo olvidado. Su Javier Montemar tenía una vena artística. Montano sonrío satisfecho.

Después de los preparativos de rigor, la editorial publicó el libro de cuentos, que fue un éxito, a pesar de [¿Debido a?] la pésima calidad que mostraban.

Montano se hizo popular. Al escritor lo trasladaron de cuarto, al Área Este. Fue allí donde lo conocí, donde me contó todo. Sé que dice

la verdad, pues soy casi omnisciente, pero a mi tampoco me cree nadie [piensan que también enloquecí]. El escritor y yo probablemente nos quedemos en este hospital para siempre.

• • •

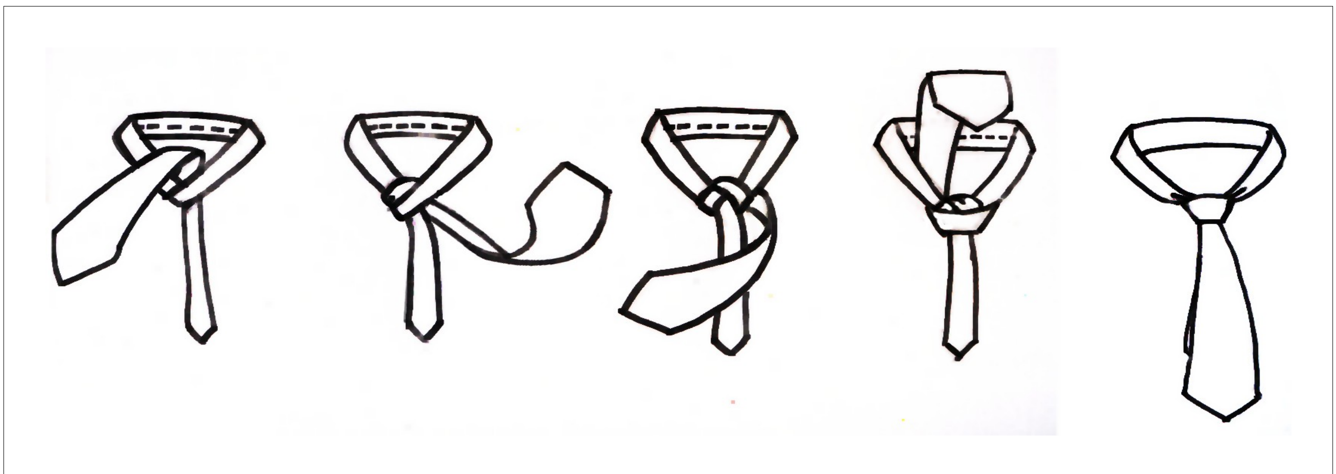


Figura 2: Esquema de anudamiento de una corbata con Nudo Inglés o Windsor.

• • •

Montano sigue escribiendo sus absurdos libros [Son pésimos]. Ya tiene listo un nuevo libro de poemas, y el doctor sigue publicando y ganando

dinero.

En la esquina de su cuarto, sumergido en una lucidez ahogada, el escritor no se cansa de maldecir al ladrón repulsivo de Javier Montemar y al mil veces maldito emancipado, Montano.

Montano, por su parte, ríe y se burla de todos. Se ríe del escritor que lo creó, del psiquiatra que lo impulsa, del editor que lo disemina como una enfermedad, de los personajes que le dieron fama y prestigio, de los lectores que le insuflan la vida, de los insignificantes, los ilusos y las marionetas, de los que aún no han nacido y flotan etéreos, de los que duermen y de los que creen, defienden y teorizan. Se ríe de mí y se ríe de ti.

Poemas

Por Montano

Si la muerte es la respuesta

Suavemente, la muerte acaricia mi cabeza.
Lentamente, yo me dejo arrastrar.
Cierro mis ojos y me desvanezco, plácidamente.
Oscuridad espesa entra en mí,
dulce como un sueño.

Lenta, delicadamente, suelto mi existencia
y dejo escapar la vida, sin oposición.
Apaciblemente, me dejo arrastrar,
seducido por el veneno, suave, agradable.

Descanso, duermo tranquilo.
Aspiro poco y exhalo toda la ansiedad que perturba.
Caigo exhausto, yaciendo bajo nubes rojas
y una brisa fría y muerta.

Solo, suelto al viento esta pesada carga.
La corriente arrastra la inmundicia que me envuelve.
Lento y cansado, me despojo de un viejo estorbo.
Sigo, y las tinieblas me envuelven deliciosamente.

Ausente en el tiempo, suelto mil nudos,
la mente saborea una amargura nostálgica,
tristeza añorada, flautas
y silbidos lejanos de muerte.

¡Déjame! Quiero dormir, soñar,
y olvidar que alguna vez fui;
y que quise, deseé y anhelé vanidades pasajeras.

Otro

Me despierto, siempre ajeno, y contemplo con ojos que no son míos.
El espejo devuelve una imagen que no es la propia.
Hablo con palabras prestadas, no digo lo que pienso.
No sé quién soy, pero no soy este.

Voy por caminos ya trazados, agonizantes, desgastados.
Nutro un cuerpo extraño a mí, externo.
Como un préstamo, manejo a ese otro infeliz,
uno que yo he creado y que los demás, con todo, parecen aceptar.
Administro al sujeto que se me ha confiado, a veces con desgano.

¿Y si solamente me dejo llevar, y tomo posesión del otro?
Imposible. Impensable. Absurdo, sí.
Sus respuestas son construidas, diseñadas, planeadas.
Toda una podredumbre.
La espontaneidad fue ahogada. La resistencia, mínima.

En ocasiones asomo por su hombro, intento salir por sus pupilas.
Inevitablemente soy reprimido. Casi bruscamente,
regresando a mi lugar de titiritero de esa marioneta
pobre y predecible, quien se cree su infame papel,
maldito, condenado a una prisión insoportable.

No sé dónde estoy ahora. Quiero matar al otro.

Monstruo

Un monstruo es un monstruo, aunque no lo parezca,
aunque maquille su monstruosidad,
aun si la cubre con cirugía hipócrita,
no importa si oculta todas sus odiosas escamas en un velo de fingimiento.

Cuando el veneno ha corrompido cada célula,
y la corrosión alcanza cada neurona,
el ojo vidrioso mira hacia atrás,
y contempla un proceso irreversible.

Una auténtica anomalía jamás será corregida,
ni con azotes, palabras inútiles o remedios vulgares,
ni con ruegos, llanto y favores actuados,
pues sólo aprecia la verdad de la que ya se cree dueño.

Un monstruo, uno verdadero, uno incurable,
rechazará, soberbio e iracundo,
todo intento por enderezarlo, volverlo a la senda,
escupiendo en la cara de la virtud impuesta.

Se ríe, altanero y cínico, de la miseria de sus profanos jueces.
Ellos siguen su propia desdicha.
Y vuelve a la cumbre, que es un abismo,
sintiendo el orgullo de sus numerosas mutilaciones.

Extraña Optimización

Bienvenido dulce duende, duende hipócrita, lascivo duende.
Despierta a este cerebro desnudo,
atravesado en todas direcciones por larguísimas agujas.
Las ideas suben de la raíz como burbujas.

Con ese patético aspecto de desecho mitológico,
has llegado como un dios, a laxar con pociones
la congestión de una mente fermentada.
Un vapor volátil se lleva el porqué,
y la quietud se sustituye por un carnaval de irresponsabilidad.

Regresa pronto, para no reafirmar anticuadas simbiosis,
y perpetrar la flaqueza de aquellos dogmas añejos.

La Batalla

¡Ven soldado, a pelear tu batalla!
Tu enemigo vive dentro de ti y te es necesario.
Ven a pelear la lucha más difícil,
donde la victoria no estará bien definida,
y el objetivo no es claro.

Ven a la guerra que da igual que no sea peleada,
la lucha exaltada por el charlatán,
que no es más que el entretenimiento en el sinsentido.

¡Ven rápido, no pierdas tu tiempo!
El cuartel se busca y no se halla,
el enemigo muta de acuerdo con el fin que se persigue,
las armas se inventan sobre la marcha,
y lo que para uno es victoria, para otro puede ser fracaso.

¡Ven, desdichado, inventa tu guerra o prepárate a morir!
Guerra de guerras y, como guerra, innecesaria a la vez que imprescindible.
¡Caro pasatiempo, el atacarte a ti mismo, para luego percatarte que tiene la más mínima relevancia!
¡Extraño pensar que si no inventas el litigio morirás más pronto!

¡Ven y vomita tus entrañas, sin saber por qué!
¡Prueba el amargo sabor de negar tu esencia!
Y después, prepárate a morir como un valiente,
ó lo que es lo mismo, como el mayor de los imbéciles.

Índice:

Para más de Adán Lihin visite: http://adanlihin.com